



La Plaza de Armas de Santiago en 1855.

LA PLAZA DE ARMAS

Por JOSE ZAPIOLA

LA PLAZA de Armas no estaba empedrada. La Plaza de Abastos, galpón inmundo, sobre todo en invierno, estaba en el costado oriente. El resto de la plaza hasta la pila, que ocupaba el mismo lugar que ahora, pero de donde ha emigrado el "rollo", su inseparable compañero, hace más de treinta años; el resto de la plaza hasta la pila, decimos, estaba ocupado por los vendedores de mote, picarones, huesillos, etc., y por los caballos de los carniceros. Ya pueden considerar nuestros lectores cuál sería el estado de esta plaza que sólo se barría muy de tarde en tarde no por los que la ensuciaban, sino por los presos de la cárcel inmediata, armados de gran-

des ramas de espino que no hacían más que levantar polvo, dejándola en el mismo estado, pero produciéndose más hediondez, como era natural.

No hace cuarenta años, la comida para los presos de la cárcel se hacía frente al mismo pórtico de ese edificio, y los grandes tiestos en que se confeccionaban, la ceniza y demás restos de esta operación, eran permanentes en ese lugar.

A esto hay que agregar una anchá acequia que atravesaba, como ahora, toda la plaza. Esta acequia, descubierta en su mayor parte, sin corriente, y no siendo de ladrillo, proporcionaba más facilidad para la aglomeración del cieno. Lo que había en sus orillas no necesitamos decirlo, pues para los vendedores no había otro lugar de descanso, de tal modo que cuando el sol calentaba levantaba un humo denso que era producido por las evaporaciones de las inmundicias acumuladas allí.

De oriente a poniente y a cinco metros de distancia de la pared norte de la plaza, corría una acequia, cubierta de una losa en toda la extensión de esa cuadra. Toda ella era ocupada por los vendedores de ojotas.

Allí acudían los que usaban este calzado, que entonces eran muchos, por su bajo precio, un medio real. Las ojotas viejas quedaban donde se compraban las nuevas, y esta arma arrojadiza suministraba a los muchachos un elemento para empeñar todos los días festivos esas "guerras de ojotas" a las que jamás faltamos, por la intermediación de nuestra casa al campo de batalla.

Con este calzado vimos salir a nuestro ejército, unido al argentino, que marchó a dar independencia al Perú en 1820, a las órdenes de San Martín.

(Recuerdos de Treinta Años).